La Misión Pedagógica de los Alumnos Normalistas

UN grupo de alumnos de los Institutos Normales, llevados por un generoso impulso, han organizado una "misión pedagógica" que en estos días de vacaciones, se encuentra en Caraguatá, 8ª Sección del Departamento de Tacuarembó, realizando diversas actividades de carácter cultural.

Este es un hecho que nos creemos obligados a destacar. Por lo que representa como esfuerzo de organización y por lo que significa como tendencia juvenil a llevar cultura a los rincones más apartados del país.

En el primer aspecto, puede decirse que todo ha sido obra de los muchachos. Ellos fueron venciendo una tras otra todas las dificultades que presentó el viaje y la estadía de una veintena de muchachos y muchachas en uno de los rincones más apartados del país. Ellos consiguieron todos los elementos materiales, y la contribución y colaboración de personas y organismos que los ayudaron. Ellos, en fin, hicieron planes y visitas previas; en una palabra, hicieron todo. Hay que hacer justicias mientras el Ministro de Instrucción Pública ni siquiera se dignó recibirlos, tal vez porque no eran gentes de cuello duro, el Consejo de Enseñanza los ayudó con una fuerte suma de dinero y con los pasajes y la Asociación de Amigos de los Institutos Normales les dió trescientos pesos

Pero más allá de la fuerza de voluntad para vencer dificultades materiales, hay que destacar el otro aspectos la expresión de solidaridad humana que la misión pedagógica que están realizando significa. Porque han elegido para su trabajo, una zona misérrima de rancherios, a más de veinte leguas del ferrocarril, y donde la desocupación, el hambre, el frío, etc., son moneda corriente.

Es decir, que han dejado el bienestar del descanso de vacaciones para ir allá a pasarlo mal, con falta de comodidades elementales, sólo por cumplir su aspiración de realizar una "misión pedagógica". Y se han lanzado a realizarla con la alegría y el optimismo semideportivo de quienes tienen veinte años.

Partieron en la madrugada del lunes para regresar a los ocho días. Veremos que cuentan al regreso de su "misión".

LAS misiones pedagógicas no son, por cierto una novedad. Son práctica corriente en algunos países donde hay la preocupación de llevar la cultura al campo. Las realizó y las realiza México; las practicaron con éxito extraordinario en España; y las han ensayado en algunos países americanos. De esos ensayos conocemos con bastante detalles uno realizado en Venezuela, que —no obstante— dejó bastante que desear en sus resultados.

Aquí mismo se han registrado intentos más o menos afortunados que han tenido por propósito llevar cultura al campo. No sabemos si exactamente se ha cumplido con el verdadero sentido de lo que es una misión, pero tenemos la impresión de que han sido demasiado culturales. Es decir, han sido portadores exclusivamente de cultura; y con cultura sólo en campaña, no hacemos nada.

LA MISION Y EL HABITANTE DEL CAMPO

La primera dificultad que tiene que resolver una misión pedagógica es el problema de su adaptación al interés y a las necesidades del medio. Es fácil resolver eso en una capital del interior, donde se cuenta con una masa de población que en nada se diferencia con la de la capital. El concierto, la conferencia, el cine, etc., que pueda llevar la misión como elementos de divulgación cultural, encuentran un público bastante numeroso y de alto nivel cultural, para el cual las actividades de la misión resultan ser parte de sus propias actividades. Pero lo que sucede en una ciudad del interior es muy distinto de lo que ocurre en los pueblitos que están diseminados en la campaña a muchas leguas de la estación de ferrocarril. Y es a una zona de rancherios, una de las más aisladas del país, adonde se ha ido la muchachada normalista.

En tales lugares el problema de la adaptación al nivel del medio ambiente es muy difícil. Hay que conseguir que la gente concurra a los actos que organiza la misión; hay que conseguir que abra sus puertas a los muchachos que pretenden dar sus consejos, hacer sus demostraciones, explicar lo que consideramos del caso hacer conocer. Y eso es difícil, porque el hombre de campo —el pobre— considera al que viene como un extraño y recela de él. Está acostumbrado a no tener otro contacto que con el caudillo político ni a oír otra oratoria que la interesada de los días preelectorales.

El habitante del ranchería es de nivel intelectual muy bajo, bajísimo. Y además no está acostumbrado al contacto con gentes que den conferencias, ni le interesan, seguramente, los temas que en ellas se desarrollan. Lo general es que no hayan visto cine nunca y muchos son lo que aún desconocen lo que es un aparato de radio.

Desconfían además del hombre de ciudad, de "pantalón corrido". En el mejor de los casos lo miran con sorna. Los intereses, los modos de vivir, las preocupaciones, los enfoques con que miran la vida, son tan distintos de los del hombre de ciudad, que puede decirse que viven en mundos distintos y que hablan en idiomas distintos.

Por otra parte, los que son pobres, los que viven malamente, no pueden ver con buenos ojos a los que vienen de la ciudad a traerles palabras fraternales que, en definitiva no son más que palabras, por más fraternidad que contengan. Y los que no sienten la necesidad de saber leer y escribir, de bañarse, o de tener la cabeza y el cuerpo limpios de bichos, porque siempre han vivido sin tales preocupaciones, sienten también la repulsa hacia quienes les vienen a dar consejos o a tentar iniciarlos en prácticas del vivir, nuevas, como si fueran chiquillos escolares.

Todo eso y mucho más, dificulta la acción de los misioneros. A veces se piensa que esa diferencias de estilos de vida puede llegar a hacer todo el trabajo imposible.

Y sin embargo los muchachos lo han tentado.

COMO SE RESUELVE ESTO GENERALMENTE

Cuando va algún personaje a un pueblito de estos perdidos, personaje que puede ser el intendente o el Jefe de Policía o un Inspector de escuelas, o un político en busca de votos, si hay reunión lo corriente es que sólo concurra a ella la gente "más distinguida". Los harapientos y los descalzos no tienen cabida, porque no están presentables.

Conocemos el caso de una reunión en una escuela con un motivo equis. Pese a ser una reunión popular, se prohibió la entrada a los que no venían más o menos "arreglados". Y éste no ocurrió una vez: ocurre generalmente.

Cuando se procede así, la selección significa el trabajo. Los hombres por lo menos, escuchan aunque no entiendan. Y eso ya satisface a muchos.

PERO LOS MUCHACHOS HAN IDO A OTRA COSA

Pero los muchachos no van con el propósito de hacer exhibición de su sabiduría académica. Ni van tampoco en tren de posibilísimos de alguna clase. Ni van siquiera con el propósito —moneda corriente— de hacer luego la explotación literaria de lo que han visto en el sufrimiento de otros.

Han ido, simplemente, movidos por un acto de solidaridad humana. Y movidos también por el propósito de saber por vía directa, de conocer en la realidad de los peores momentos, cuáles son los angustiosos problemas de los rancheríos de campaña.

Es curioso que estudiantes de la capital se larguen a lo que se han largado estos muchachos, trocando por la acción social y el sacrificio de pasarlo mal en los días más crudos del año, el descanso y el bienestar de las vacaciones invernales. Por eso hay que alentarlos y si es necesario, acompañarlos también. Los muchachos han ido a vivir de cerca lo que es estilo de vida de aquellas gentes. Han buscado e ideado todas las formas posibles de contacto con ellos; formas sencillas, simples, tan simples como la vida misma que quieren desentrañar. Y han puesto una dedicación y una tenacidad admirables para conseguir los elementos necesarios, para lograr tal fin.

DE QUE MEDIOS SE VALEN

Han llevado de todo: juguetes, abrigos, ropas, alpargatas, artículos de consumo. Centenares de latas, de paquetes, de sacos, con artículos alimenticios que les han dado las casas más importantes de plaza. Todo para distribuir allá, dejando algo aprovechable en cada rancho, que alivie aunque sea por un día la miseria, y que les abra las puertas para poder ver cómo vive, de qué se alimenta, con qué se abriga aquella pobre gente.

Más de mil kilos de carga, componen estos artículos, y no harán "repartos" ni "actos de beneficiencia" con ellos. Los distribuirán —los habrán distribuido ya— sin alharacas y sin ostentaciones. Es lástima que esta lección no las aprovechan las señoras de sombreros de pluma y saco de piel que se sacan fotografías en los "repartos de beneficiencia" entre los niños que exponen al fotógrafo el atadito con las cosas adquiridas.

Porque, dicho sea de paso, hay una corriente forma de beneficiencia —de la cual hemos visto algunos ejemplos gráficos estos días— que debía avergonzar a los benefactores. Todos saben que nos referimos a lo que sucede a menudo en escuelas y asilos, cuando una Comisión, con público, con discursos y con fotógrafo, practica un "reparto" llamando a los niños uno a uno, para darles algunas chucherías y hacer lo más ostensible el acto de generosidad. A veces, inclusive, las autoridades públicas, presiden o prestigian con su presencia los tales actos, cometiendo con ello la lesión más deprimente a la dignidad de la gente de pueblo.

Los muchachos no han ido a eso. Repartirán todo lo que llevan, pero yendo de rancho en rancho, sin que en uno se sepa lo que ha sucedido en el otro. Sus posibilidades materiales estarán muy limitadas con relación a su sentido de solidaridad pero harán lo que puedan y estamos seguros que lo harán o lo habrán hecho, limpiamente.

LO QUE ESTAN REALIZANDO DESDE EL PUNTO DE VISTA CULTURAL

Llevaron un equipo de cine portátil con el que darán varias funciones a todo el mundo: grandes y chicos, ricos y pobres. Las películas son recreativas, instructivas, de propaganda sanitaria, etc. Muchas veces hemos concurrido a lugares donde los chicos —y los grandes— nunca han visto cine. Es sorprendente y emocionante, el espectáculo de las reacciones. Ver figuras que se mueven y hablan, ver escenarios cambiantes, exteriores e interiores está más allá de su imaginación. Van de sorpresa en sorpresa, y, cuando es dominado el estupor inicial, un entusiasmo sin límites desborda. Lo que es el espectáculo obligado para los niños de las ciudades, todos los jueves y los domingos, es una cosa desconocida, ni siquiera imaginada, para miles y miles de chicos y de grandes de nuestra campaña.

Además del cine llevarán títeres. Un retablo y una serie de muñecos movidos por manos juveniles.

El títere, que fué otrora arte grotesco y auténticamente popular, ha reaparecido entre nosotros por obra de los maestros, de los alumnos de las escuelas y de los estudiantes normalistas. Algunos intentos felices, las funciones inolvidables de Javier Villafañe, los títeres del Negro Misericordia, etc., han permitido la generalización de este arte auténticamente popular en las escuelas, que ron la más popular de las instituciones públicas. Ya muchas escuelas de Montevideo tienen su teatro de títeres y muchas de las ciudades del Interior también. Y como es de imaginarse, constituyen los títeres, las delicias de millares y millares de pequeños.

Sin embargo muy pocas veces se ha logrado que donde hay títeres los pequeños titiriteros se desplacen a otros públicos que al de su escuela. Los rubros de educación estética no se mueven para ésto, que sería una difusión de cultura lena de encanto y de posibilidades. Y los títeres que han sido creados con entusiasmo y con fe y realizados con magnífica maestría por los propios niños, languidecen generalmente en el fondo de un cajón porque en una escuela no pueden estarse representando todos los días, y no hay quién provea de medios, pese a la existencia de un abultado rubro, para que los títeres vayan de un lado a otro, a realizar su natural función.

No se ha comprendido aún, por lo visto, que el arte que "prende" en los niños es el arte eminentemente popular. Y en ese sentido, los ocho o diez signos que dan base artística, al títere, han sido olvidados, por lo visto, por los técnicos en educación estética.

Los muchachos normalistas, también en ésto se han propuesto dar una lección, no llevan el teatro de títeres a una escuela de la ciudad, más o menos próxima. Ni siquiera a una escuela de una ciudad del interior. Lo llevarán a las escuelas rurales que quedan a más de 20 leguas del ferrocarril y más de cuatrocientos kilómetros de Montevideo.

Y lo hacen ellos solos, con su esfuerzo y con su entusiasmo juvenil.

Harán también propaganda sanitaria, de higiene social, de mejoramiento agrícola. Sobre esto habría mucho que hablar. Y no dejamos, por cierto de ser pesimistas en cuanto a los resultados; especialmente en lo que propaganda agronómica se refiere. Pero siempre, con éxito o fracaso, será una fecunda experiencia y una oportunidad para ver de frente y a través de la experiencia directa, la verdad de muchos problemas, pasto hoy de teóricos y declamadores.

LO QUE TRAERAN AL REGRESO

Además de mucho frío y ganas de desquitarse, en cama blanda, de las noches pasadas en suelo duro, los muchachos traerán una fructífera experiencia. Habrán visto el campo, con sus dolores, su miseria, sus problemas sin resolver, su condición de olvidado por el resto del país, y su desigualdad social. Habrán aprendido que no sólo es lugar propicio para pic-nics y para descripciones arcáicas. Y para eso van en un buen momento: cuando hay miseria, frío y sequía.

Recibirán así una lección de endurecimiento físico y espiritual. Físico por el contacto con condiciones de vida duras que ellos tendrán que soportar en condiciones poco ventajosas. Espiritual, porque les dará una lección de energía para afrontar el futuro. Les mostrará, tal vez, realidades no sospechadas. Y estamos seguros que en muchachos sanos, de sensibilidad afinada, les producirá un verdadero schock, al apreciar cómo vive la gente de nuestra campaña mientras aquí, se vive sobre el artificio que es la gran ciudad, con un absoluto desconocimiento e insensibilidad hacia el resto del país.